

## **MARCELA DE NAVASCUÉS Y EL ARTE DE LA LUZ EN EL MUSEO CÔA**

ANTONIO MARTINHO BAPTISTA

agosto/2019

Desde su apertura al público en julio de 2010, las salas de exposiciones temporales del Museo Côa han mostrado una variedad de artistas e intereses diversos.

Estas exposiciones quizás carecieron de método, ya que sin un programa estructurado fueron también el resultado de una desinversión y desinteligencia administrativa que marcó los años posteriores a la apertura del museo.

Una programación no del todo pensada (sin un análisis del público objetivo) para un espacio con las particularidades de un Museo de Arte Prehistórico, que era mucho más que un simple Centro de Interpretación en busca de una identidad propia dentro de la región portuguesa del Alto Duero, probablemente sería más adecuada para un museo genérico que operase en la era del turismo de masas.

Una línea directriz parecía unir a la mayoría de estas exposiciones, y es que sólo mostraban obras de arte contemporáneo (y donde, curiosamente, la arqueología estaba ausente). Pero la presencia de estas obras en el Museo Côa pedía más: que de alguna manera mostraran una conexión con el espíritu del lugar, lo que era, quizás, incluso más importante que nuestro intento de encontrar algún tipo de vínculo directo entre ellas y el pasado prehistórico.

Si el Arte Côa está en la génesis de la obra de arte absoluta que existe como instalación en el paisaje (un concepto de nuestro tiempo claramente originario del Paleolítico), sería tentador que su conexión con nuestra contemporaneidad pudiera reflejarse cada vez más en las exposiciones temporales de un museo construido para el Arte Côa. Esta es la dualidad que encontramos en la obra de Marcela de Navascués. Arte contemporáneo directamente inspirado en los diseños intemporales creados por los artistas de la antigüedad de Côa. Una fidelidad ejemplar a los temas paleolíticos y una recreación creativa del espíritu del lugar.

La conexión existente entre el Arte de Côa y la contemporaneidad fue el motivo de la elección de incluir una obra de arte contemporáneo (en la sala G, final) desde el principio del proyecto museológico. Esta obra debía envolver la visita de la exposición permanente en torno a las seis salas del museo: un recorrido conceptual entre la época gravettiana y nuestros días. 25.000 años de arte moderno; un concepto inspirador que significaba que desde el origen del Arte Côa ya se habían adquirido plenamente todos los formalismos e invenciones de diseño que caracterizan el arte de nuestro tiempo. Comenzó con una escultura de Alberto Carneiro (en palabras de su creador "un árbol mandala para los artistas de Côa") y la idea subyacente era invitar cada año (o cada 2 años) a un artista a exponer allí en un intento de honrar tanto a los artistas originales de Côa como al arte de nuestro tiempo. Y así enriquecer la colección del museo con piezas de arte moderno creadas para ese espacio concreto. Como siempre, excelentes ideas murieron en gestación, y la obra de Alberto Carneiro sólo se expone a ratos (actualmente está desaparecida). Aquella sala se convirtió en polivalente y, por tanto, cambió el proyecto museológico global con una falta de respeto descuidada hacia una idea que seguramente no podrá ser sustituida por otra mejor. Pero esto también forma parte de la materialidad de un museo.

Esta conexión entre el arte prehistórico y el amplio abanico artístico de nuestro tiempo, abierto ahora a todo tipo de experimentalismos, se reflejó desde el primer día en el movimiento de salvaguarda del Arte de Côa, en la presa que acabó por no construirse tras considerarse una obra imparable, y en cómo todo ello influyó en nuestro imaginario colectivo actual.

Contrariamente a la mayoría de las exposiciones que tienen lugar en el Museo Côa, las obras recientes de Marcela de Navascués, que ahora se exponen (septiembre/diciembre de 2019), adoptan y reivindican una conexión directa con el Côa Art en su forma más pura. Habiendo seguido su génesis e intercambiado muchas ideas con la artista, puedo afirmar con seguridad que estas obras fueron incluso pensadas y creadas con el objetivo de ser apreciadas únicamente en el Museo Côa. Al igual que la creación de Alberto Carneiro para la sala G, estas obras también pertenecen al Museo Côa. Esta es una razón más que suficiente, aparte de su clarísima originalidad creativa, para que estas obras puedan verse primero en el Museo Côa y sólo después en otros lugares fuera de la región.

Marcela de Navascués, artista vasca afincada en Oporto, conoce bien la región del Duero y sus historias vinícolas. Por ello, supo captar hábilmente la idea que, desde hace tiempo, relaciona el Arte de Côa con un arte de la luz, en contraposición a un arte de la oscuridad, como comúnmente se atribuye al arte de las cuevas profundas y lo que hasta el descubrimiento de Côa era la idea que subyacía al arte paleolítico en general.

Intentando ser fiel a los modelos originales, y con especial atención al singular antropomorfismo paleolítico, Marcela convierte los modelos prehistóricos en el corazón de sus creaciones. Los esquistos de Côa, reproducidos arqueológicamente con el máximo rigor, emergen con una nueva mirada y transmiten de inmediato un conjunto de emociones que difícilmente pueden contenerse en un solo fotograma, donde la luz y el uso de la policromía desempeñan un papel fundamental. Y los pies de foto tienen vida propia... Destacan los modelos prehistóricos, que adquieren volumen y se nutren de la luz que los anima, sin dejar de ser fieles a los originales que sólo pueden ser vistos por ojos entrenados en las superficies seleccionadas por sus creadores primordiales.

Marcela, que sólo esperaba inspirarse en los diseños paleolíticos, no pudo resistirse a incluir un elegantísimo ciervo (milenios de evolución estilística en estas formas tan elaboradas, sintéticas y geometrizantes, contenidas) de la 2ª Edad del Hierro («Juventud divino tesoro», como se dice en su tierra castellana) entre otras representaciones de los artistas del Paleolítico Superior. ¿Una forastera? En absoluto. Así es exactamente como a los ojos de los arqueólogos-diseñadores-descifradores aparecen también estas figuras en el Arte Côa. Superponen ricos palimpsestos que existieron a lo largo de miles de años y nos estimulan a reflexionar sobre nuestra propia pequeñez humana. Superficies enmarcadas del tiempo, estas obras de arte de gran sensibilidad se erigen en retrato de nuestra época. Independientemente de las rebuscadas teorías con las que intentemos encapsular el destacado Arte Côa, lo que emerge y aún hoy nos conmueve es la libertad creativa, que también se refleja en estas obras.

¿Qué mejor manera de conmemorar a los artistas sin nombre que nosotros, los arqueólogos, llamamos gravettianos, solutreanos o magdalenienses? Manierismos con los que ahondamos en nuestra indocumentada ignorancia, y donde sólo la recuperación del gesto del artista tiene relevancia arqueológica; todo lo demás es simplemente una nada desvanecida con el tiempo. La

realidad es que 25 o 30 milenios nos separan de la hábil mano que narraba el simbolismo del espíritu con figuras de asombro...

Lo que más admiramos en los artistas prehistóricos de Côa es su absoluta libertad artística, paralela a un dominio puro sobre el arte del dibujo. Talladas en esquistos duros son las líneas que siguen una aparente forma estereotipada y que son, al fin y al cabo, tan expresivas y conmovedoras de humanidad.

Dentro del territorio portugués, el Arte de Côa es un ejemplo de cómo podemos estar tan lejos en el tiempo histórico y, sin embargo, tan cerca en el tiempo mítico. Sí, el Valle de Côa fue nuestra primera y principal escuela de Bellas Artes.

Es su amor y el nuestro por el arte lo que ha mantenido vivas estas expresiones del pasado y que Marcela de Navascués, con una sensibilidad muy femenina, supo plasmar tan bien en estas obras que ahora se exponen en el Museo Côa. Su homenaje se hace (también) extensivo a todos aquellos que contribuyeron a que el Museo Côa se erigiera.